

Festo y una de sus discutidas fuentes, el *Epitome* de Floro*

Isabel Moreno

Universidad de Salamanca

Uno de los aspectos menos profundamente abordados en la última, y criticada, edición del *Breviario* de Festo¹, es el de las fuentes. Su autora, apuntando las exigencias del relato —brevedad, según el deseo del emperador, y poco tiempo entre su solicitud y la entrega (justo antes de su partida hacia la expedición preliminar a Oriente en la primavera del 370)—, enfatizaba la necesidad del epitomador de reducirlas a “una lista provincial y una serie de cortas biografías imperiales”². No obstante, añadía, “acá y allá, junto a sus propios recuerdos, no siempre de una fidelidad extrema, parece haber consultado a T. Livio y, quizá, Floro”. Tal resumen, que no ha dejado de sorprender a los buenos conocedores del siglo IV, por su silencio a propósito de su relación con obras tan conflictivas como la *Historia Augusta* o la *Historia Imperial* postulada por A. Enmann (*EKG*), se completaba, en el caso de Floro, en una nota que advertía que de los cinco pasajes en los que se podía darse el eco, los tres primeros (*Brev.* 9, 17 y 18 = *Epit.* 1,39,2-5; 1,46,11 y 2,20,8-10, *sic*) podían proceder de una fuente común, como el cuarto (*Brev.* 19,1-2 = 2,32), donde las novedades de Festo son notables; y el último, el *Populus Romanus* que *movit lacertos* y *revirescit*, la conocida imagen del prólogo floriano (§ 8), debería remitirse a un simple recuerdo escolástico, toda vez que Festo cambia el sujeto del pasaje, *P.R.*, por *Traianus*. Pero

* Sirva esta breve contribución de recuerdo especial al compañero de clase de la época estudiantil.

¹ M.-P. ARNAUD-LINDET, *Festus, Abrégé des Hauts Faits du Peuple Romain*, París, Les Belles Lettres, 1994. Para la crítica, P. FRANÇOIS, *Latomus* 55 (1996), 415-8; F. PASCHOUD, *MH* 52, 4 (1995) 253; M.D. REEVE, *Gnomon* 69 (1997) 508-13; y M. WINTERBOTTOM, *CR* 74 (1996) 264-5. No obstante, los párrafos resultan cómodos; la de C. WAGENER (Teubner, 1886), los incluía, pero no es muy asequible.

² *Op. cit.*, p. XXI.

que tal texto estaba tan afianzado en la mente del epitomador como para permitirle jugar intertextualmente con él, lo demuestra su peculiar adaptación del tema: quien incorpora la acción en su periodo es el emperador que, según aquél, había interrumpido la *inertia Caesarum* actuando sobre los “yertos miembros” de una Roma que renace así, “como en una nueva juventud”. En nuestra opinión, este ajuste es un indicio claro de la influencia del *Epitome* floriano, que alcanza un grado superior al del simple eco retórico-didáctico, ligándose a un proyecto panegírico de corte expansionista, no tanto real, cuanto deseado, para el que el autor trata de utilizar, con menos habilidad, eso sí, los recursos del modelo, como vamos a tratar de demostrar.

En el pasaje de Tracia (9 y I 39[III 4]), su propio inicio —las expediciones contra ella se enlazan con las de la zona macedónica, incluida en la región del Ilírico (7-8)— es ya un indicio. Floro, que huye de la rigurosidad histórica en beneficio de un colorido dramático que hace de la retórica compositiva y expresiva su baza principal, organiza su estructura de modo peculiar, obviando la rígida cronología —aunque, dentro de la secuencia de las edades, mantiene el esquema analístico—, y la ajusta a distintos criterios literarios, de individualidades históricas, geográfico-etnográficos, ..., para darle mayor variedad y tensión narrativa³. Así, acude en dos ocasiones a los puntos cardinales para encuadrar los conflictos; en la primera, del “Norte” procede el enfrentamiento con cimbrios, teutones y tigurinos; luego, antes de pasar al este⁴, *Post Macedonas...*, Tracia. Y Festo usará idéntico enlace. Ciertamente, los tracios entraron en la escena romana a partir de su relación con Macedonia; pero, en la historia de Festo, que no es tal, la relación entre ambas zonas no es ni fundamental, ni más ligada al orden que por la proximidad geográfica; en cambio, si se supone que el epitomador del s. IV ha encontrado el vínculo en su fuente directa, el giro se explica con facilidad. De hecho, la conexión continúa con otras coincidencias. Festo inicia la narración asegurando que *Saeuissimi omnium gentium Thraces fuerunt* y que en sus regiones vivían los escordiscos —*pariter crudeles et callidi*—, que “sacrifican a sus prisioneros en ofrenda a sus dioses o beben sangre humana en sus cráneos”. Así, *saepe per eos Romanus est caesus exercitus*. Floro, con más pormenores y dramatismo, anticipa los detalles de Festo: tras los límites de la expansión romana y las pruebas de su crueldad —*litare dis sanguine humano, bibere in ossibus capitum*—, la precisión: *Saeuissimi omnium Thracum scordisci fuere*. Luego, como siempre, Roma alcanzará el triunfo gracias a sus generales: *Didius VAGOS...reppulit. Drusus...vetuit transire Danubium... Minucius toto VASTAVIT Hebro,..., dum perfidum GLACIE FLUMEN equitatur*. La relación sigue algo más y

³ Cf., como síntesis, L. BESSONE, *La storia epitomata; Introduzione a Floro*, Roma, 1996; o nuestro resumen en *Floro, Epitome de Livio*, Gredos, Madrid, 2001, pp. 42-52.

⁴ Con el Ponto y el fin de Mitridates (I 40[III 5]); como Festo: tras este capítulo (9), Oriente (10,1).

es en ella donde habrá más diferencias⁵, porque Festo ha prescindido de esos datos, incluyendo otros sobre las nuevas ciudades y sus nombres (5,3; 9,3 *bis*). Pero de esos tres, en dos —*M. Didius VAGANTES Thracas repressit. M. Drusus intra fines proprios continuit. Minucius in Hebri FLUMINIS GLACIE VASTAVIT...*—, la secuencia es la misma, idéntica la caracterización, personal (*vagos/-antes*) o geográfica (la superficie helada del río), e igual el verbo. Festo, por tanto, habría debido copiar la misma fuente que Floro, sin modificar nada, y, lo que sería más sorprendente, éste también⁶.

Algo parecido ocurre con el de Craso (I 46[III 11]/17). Según ambos, el triunviro, tras recibir la embajada persa enviada⁷, cruza el Éufrates en Zeugma; el nombre del traidor es semejante—frente a los muy distintos, incluso entre sí, de Plutarco (Ariamnes) o Dión (Abgar)—, pero sorprende más descubrir el mismo indefinido en el giro: *transfugae CUIDAM Mazzararum Syro (Fl.) / a transfuga QUODAM Mazzaro (F.)*; además, el ejército es *IN mediam CAMPORUM vastitatem... DUCTUS (Fl.) / INDUCTUS ad ignotam CAMPORUM solitudinem (F.)*; y su masacre, más retórica en Floro, se produce al quedar rodeado *undique* (en ambos) por los dardos enemigos (*tela / telorum*). El relato de la muerte del romano, algo más inteligible en aquél, permite advertir la simplificación de Festo, qué tipo de giro ha seleccionado y cómo, de nuevo, repite un mismo pronombre⁸: *IPSE in COLLOQUIUM SOLLICITATUS...VIVUS in hostium manus incidisset, nisi tribunis reluctantibus fugam ducis barbari ferro occupassent (Fl.) / IPSE CRASSUS cum ad CONLOQUIUM SOLLICITATUS VIVUS paene capi posset, repugnantibus tribunis evaserat et FUGAM petens occisus est (F.)*. La estructura inicial es idéntica; y la alusión a la *fuga*, complicado final en Festo, también; en cambio, la disimilitud con Plutarco (cap. 30-31), muy notable. En cualquier caso, lo más sobresaliente es la coincidencia en el tópico central. Floro suele acudir a uno para articular sus episodios, cerrándolos antitéticamente con él⁹. Aquí utiliza el de la *cupiditas auri*, que Festo también usa: se apunta en las primeras líneas (§ 2), se recoge luego en su negativa a la petición de paz del rey¹⁰ y es castigado al final (§ 11), como la tradición quiere,

⁵ Floro habla de un Vulsón, difícilmente identificable, y Curión en la Dacia; ambos, de Apio Cl. Pulcro (Festo le adscribe la conquista del Ródope, que Floro atribuía a Vulsón), y M. Licinio Lúculo, al que Festo dedica más atención; a cambio, Floro cierra el pasaje con una de sus típicas antítesis (Cf. *infra* n. 9): a la crueldad de los bárbaros responden los romanos cortándoles las manos.

⁶ Con Druso, se cambia el giro, no la idea. Pero hay otra coincidencia; en Floro, que liga los escitas con los sármatas (II 34[IV 12],62), Apio *in Sarmatas USQUE PERVENIT...* (I 39[III 4],6); en Festo (9,3), es Lúculo quien: *... ad Danuvium USQUE PERVENIENS Romana Scythis arma monstravit.*

⁷ *... missi... legati...* (Fl. I 46[III 11],4); *... missa ... legatione...* (F. 17,1).

⁸ Cf. el peculiar uso de éstos: 16,1-3; 17,1-3 22,1; 24,2; 28,1 // 14,1-2; 10,2; y 6,1.

⁹ Cf. I 5[11],12-13 y la importante del I 13[18],8-28. R. SIEGER («Der Stil des Historikers Florus», *WS* 51, 1933, p. 107, § 11), elegía el I 2[8],7 y I 1[2],4, de más de 240 antítesis.

¹⁰ Con el mismo verbo, para insistir en la conexión —... *Partico INHLAT auro...* (§ 2); *regis IN-*

con el oro desleído en su garganta —*infundo* en ambos—; en ambos, también, la cabeza y la mano derecha cortadas se llevan al rey como objeto de burla (*ludibrio*). Y lo que es más: Festo, que no tenía razón alguna para marcar una antítesis que ni existía en su relato ni se ajusta a sus presupuestos literarios, acaba su pasaje con él —*ardens CUPIDITATE praedandi*—, uniéndolo, también, a la necia respuesta del romano al rey; hay, además, idéntica fórmula para la ofensa producida contra un cadáver: *etiam mortuum/etiam mortui*; y, casi, el mismo sintagma final: *corpus auro ureretur/ reliquias¹¹ auri flamma combureret*.

El tercer paralelo (18/ II 20,8-10), ciertamente el más débil, incluye la “casualidad” del mismo *a/ab gladiatore suo* de quien M. Antonio requiere ayuda para morir. En cambio, en el de la muerte del nieto de Augusto (*Brev.* 19,1-2=2,32), donde Arnaud-Lindet veía una “fuente desconocida utilizada por cada uno de forma independiente, dada la mayor riqueza de detalles de Festo”, hay algunos rasgos que llaman la atención. Floro lo utiliza dentro de la segunda secuencia de los puntos cardinales para cerrar los sucesos de Oriente (*AD ORIENTEM...*), y Festo añade el giro (*...cum exercitu missus AD ORIENTEM...*) de modo innecesario puesto que acaba de hablar de Armenia y su relato ya está ubicado en la zona. Luego, en las circunstancias de la muerte hay una muy semejante presentación del traidor: *Quippe Donnes, QUEM rex ARSACES PARTHIS praefecerat* (Fl.) / *Donnes quidam, QUEM PARTHIS ARSACES praeposuerat* (F.); el mismo *simulata prodicione* (Fl.) / *prodicione simulata* (F.); e idéntica indicación, en distinta categoría, de cómo el joven Príncipe leía el *libellum*, *INTENTUS*, y de la razón de su muerte: *ex vol-/vulnere*. Festo ajustará la entrega de rehenes y la devolución de las enseñas de Craso a tal circunstancia, puesto que va a abandonar ya el tema, mientras Floro lo deja para el final de la obra. Pero, la frase es muy semejante, salvo en lo que parece más propio de los autores¹²: *RAPTA clade Crassiana SIGNA ultro RETTULERE* (Fl.) / *EREPTA sub Crasso SIGNA RETTULERUNT* (F.). Mas aún. Sin que venga, especialmente, a cuento, Festo alude a la embajada india que, *PACATIS GENTIBUS Orientis, Augustus Caesar* recibió. Floro, cuyo interés histórico-literario era elogiar al *Populus Romanus* y a su *Princeps*, pacificador de Roma y dueño y soberano del mundo, cierra su relato con su apoteosis, con la entrega por los partos de las enseñas crasianas, y las embajadas de indios y seres, escitas y sármatas, para rendirle pleitesía; este final se abre con el leit-motiv que ha sido eje de su relato, el dominio del orbe por Roma en sus cuatro partes: *Omnibus ad occasum et meridiem PACATIS GENTIBUS, ad septentrionem..., item ad ORIENTEM...* Puesto que ese tópico de los puntos cardinales no es fácil de adscribir a una “fuente común”, por economía de medios parece preferible suponer que Festo

HLANS... thesauris... (5)—, ligada a la necia respuesta de que “se verían en Ctesifonte / Seleucia”.

¹¹ Floro aplica el término al ejército (*reliquiae infelicis exercitus...*, §10). No habla de Casio (Festo sí, § 3), porque rompería la unidad dramática del pasaje, pero sí apunta el regreso de sus restos.

¹² El *ultro* es frecuente en él (*Cf.*, p. ej., I 1[2, 3 y 5],1); para el *clade Cr.*, II 20[IV 11],4.

tomó de su modelo —un resumen breve, con bloques bien definidos y una información tan atractiva como la que él, no interesado por los grandes problemas históricos del momento, necesitaba— algunas de estas expresiones y, lo que es más importante, el eje al que estaban adscritas.

De hecho, Floro había creado un original producto, que combinaba con habilidad elementos tradicionales (de Catón, Salustio y Livio) con los de su época (el resumen panegírico de Veleyo y el tono biográfico de la historia imperial), resuelto con brillantez retórica, y muy adecuado a la didáctica escolástica, para alabar al pueblo romano en los años próximos a su noveno centenario, destacando su Imperio, su expansión a través de la conquista, y su resultado, las ventajas de la paz universal y el orden producido por la *lex romana*. El objetivo de Festo es, por necesidad, algo diferente. Una de las razones aducidas para la escritura de la obra sería el deseo de ofrecer a Valente un consuelo anticipado ante una, más que posible, derrota en su inmediata campaña contra los correos sasánidas persas, temor al que responderían algunas de sus sombrías pince-ladas. Quizá ese problemático presente y la necesidad de consuelo le llevara a defender la superioridad de Roma con los mismos recursos temático-estilísticos de su modelo.

Así, como en aquél, su mejor arma para destacar el éxito o mitigar el desastre es el propio carácter de su síntesis histórica, y no tanto con silencios evidentes —la mención de Carras estaba prohibida por la tradición—, cuanto con la mera selección, registro y presentación de los datos: la “pérdida de la Dacia” por Galieno apenas parece tal cuando Aureliano crea “dos Dacias” (8,2)¹³, y los desastres tienen rápida contrapartida: la derrota de Galerio se compensa con el inmenso éxito sobre Narseo (14,4), y la muerte de Craso con la de Pácoro, el hijo del rey enemigo (18,1). Pero hay, además, otras fórmulas léxico-estilísticas que acrecen o intensifican esa percepción, “patriótica y repleta de admiración por el pasado”¹⁴, alejada de cualquier posible reflexión moralista; sobre todo, las que, de acuerdo con la propia exigencia panegírica, y en perfecta sintonía con la tradición floriana, potencian la percepción de lo ocurrido (la importancia de los *facta Populi Romani*¹⁵ o sus *eventus bellorum*, 15,1), y el brillo externo de lo predicado, la visualidad del proceso¹⁶.

¹³ Cf. W. DEN BOER (*Some Minor Roman Historians*, Leiden, 1972, pp. 200-3), con la misma idea de fondo, por lo que respecta a Festo y su juicio, que T.D. BARNES (*JRS* 58, 1968, 264).

¹⁴ Así DEN BOER (*ib. supra*, p. 199).

¹⁵ El *P. R.* es el protagonista de la obra floriana: sujeto en 41 de las 65 veces que aparece (sin el adjetivo, 34; Cf. Cl. FACCHINI TOSI, *Il proemio di Floro: la struttura concettuale e formale*, Bolonia, 1990, p. 22, n. 11 y M. L. FELE, *Lexicon Florianum*, Hildesheim 1975); muchas veces está sobrentendido.

¹⁶ Incluso en referencias como la “inspección” del general en jefe del campamento enemigo (25,2).

De ahí que, como su modelo¹⁷, subraye la *maiestas Romana* (19,1) —siempre digna de *admiratio* (25,3¹⁸), y venerada por el enemigo hasta el punto que Mazaca cambia su nombre por el de Cesarea (11,4)—; considere que el mundo es *possessio* (12,1)¹⁹ de Roma, y enumere y destaque los triunfos (4,2; 12,2; 18,1; 21,1 // 24,1), con detalles impresionantes: la *pompa spectabili*, con *reverentia*²⁰ extrema, del de Alejandro Severo (22,1), o el de Diocleciano sobre Narseo (25,1), cuya *pompa victoriae nota de Persis* define un capítulo que añade a lo dicho con más brevedad antes (14,5), algún detalle tan gráfico y atractivo para la tradición como el *ante carpentum... milia passuum purpuratus cucurrerit* del humillado Galerio. En definitiva, lo único que importa es el resultado de una acción que, como externa, resulta visible, por ello, admirable, y, en consecuencia, doblemente loable. De ahí la alabanza del conquistador²¹ Trajano frente al “envidioso” Adriano, que “abandona”²² la zona allende el Éufrates (14,3 y 20,4); Aureliano, que conduce a Zenobia “ante su carro”²³ (24,1) —lo que no había conseguido Augusto con Cleopatra—; o Constantino, el triunfador de los godos —como Valente—, que desciende provocando el “temblor” de “Babilonia”, presta a enviarle una embajada que no logra su venia (26). De ahí, también el valor de algún gesto: la *diadema*, ofrecida o arrebatada. Como alternativa, la apostilla sobre Pirro y su necia presunción de haber, siquiera, pensado en cruzar a Italia (7,2)²⁴.

El otro gran recurso del epitomador es la propia rapidez de su planteamiento histórico y la secuencia narrativa. No hay posibilidad, ni deseo, de explicación alguna de las razones históricas y el porqué de los hechos, lo que convierte en lapidarios y secos enunciados unos procesos complejos que, así, se soslayan. De esta forma, al quedar suprimidos los matices y, sobre todo, el tiempo de la acción, el efecto, además de una gran agilidad, es tendencioso. Hay, además, justificaciones “convenientes”: el *violatis* de los legados romanos, autoriza la intervención contra Grecia, y la ayuda iliria a Macedonia, acabar con ella²⁵; repe-

¹⁷ J. SOUBIRAN (*Avienus, Les Phénomènes d'Aratos*, París 1981, p. 25, n. 4) recogía palabras coincidentes con Avieno; casi todas son usadas por Floro: *falcatus* (I 24[II 8],16); *famosus* (I 46[III 11],6), *inclitus* (I 1[2],1; I 15[20],1; y I 36[III 1],2); *ingens* (muchos), *inbio* (I 46[III 11],5); *instar* (I 40[III 5],18), *lito* (I 21[II 5],4; I 39[III 4],2; II 26[IV 12],15); no, *prolixus*, *proprius* y *supernus*

¹⁸ La *puđicitia* hacia el harén del capturado Narseo, evoca la de Alejandro ante la familia de Darío.

¹⁹ Como alternativa, el *nobis permittentibus* (11,3).

²⁰ Cf. la redundante *maxima venerationis reverentia* del traslado del cuerpo de Gordiano (22,2).

²¹ Cf. los verbos de sus acciones (20,2-3).

²² Se repiten los detalles, la enumeración, y el orden; no los verbos.

²³ La tradición latina ignora su posible muerte en el camino; prefiere el éxito del emperador.

²⁴ Sobre ello, Cf. de DEN BOER, *op. cit.*, p. 203.

²⁵ La secuencia (7,2-43), además, es modélica: continuidad, sin aparente transición; pertinacia, frente a la celeridad romana; y un *quorum triumphis* para resumir la triple victoria de los magistrados. Y algo parecido con los gálatas y Antíoco (11,3).

ticiones interesadas²⁶, y aposiciones, que destacan el poderío de sus gobernantes: el *gloriosus* Constantino es *dominus rerum*, y Caro, un *victor totius gentis* (24,2), como Juliano, el *totius orbis regnator* que hace ondear sus *signa* (28,1) y cuya *experta felicitas*, como la de Pompeyo, evoca al *Felix* Sila. Hay fórmulas sutiles para marcar a los antagonistas: verbos en activa para el decidido ataque de Roma y pasivos para el vencido, cuyo brillo ocasional sirve para potenciar, por vía indirecta, el éxito del vencedor romano²⁷; largas enumeraciones de ciudades y pueblos sometidos, lugares atravesados y *cognomina* para los conquistadores²⁸; adiciones “patrióticas”²⁹; o contundentes antítesis, como la que abre la segunda parte de la obra (*Furto hostes / vera... uirtute... Romanos* 15,1), o la confesión del enemigo de la supremacía romana por sus ejércitos y sus nobles costumbres (*mores/armis*, 25,3), que es lo que marca, en definitiva, el triunfo de Roma. Por otra parte, apenas hace falta apuntar el valor del elemento geográfico, esencial como base estructural³⁰; sólo añadir el valor de una descripción, a veces *quasi* idílica (16,2).

En cualquier caso, lo más importante del programa triunfalista de Festo no radica sólo en la propia conquista. Den Boer sacaba a colación el *plus est provinciam retinere quam facere* de Floro, con el que “posiblemente”, añadía, “Festo hubiese estado de acuerdo”³¹. Pero, como, las circunstancias habían cambiado, continuaba, “no hay eco en él de esa ambición floriana por la paz”. Habría que desarrollar esa intuición. De hecho, la esencia del panegírico floriano no radica en la propia ocupación del orbe conocido (*oikuméne*), sino en la convicción de lo que tal dominio supone para el derrotado: frente al bárbaro ignorante y fiero, cuya vida y relaciones están regidas por el caos, lo que Roma transmite a quien, aun renuente al principio, es capaz de disfrutar de sus ventajas, es su *pax*, la progenitora y divulgadora de la ley y el orden; la civilización es el triunfo del derecho y tal prerrogativa es lo que, más allá de la propia barbarie de la lucha —de poca importancia para ambos—, legitima su ocupación progresiva y continua del mundo, objeto de su potestad por doble derecho: su propio triunfo y la inferioridad de los demás. Es esa convicción de tal “bondad” lo que confiere al breve relato de Festo su carácter marcadamente imperialista. De ahí esa monótona organización administrativa de la primera parte (1-14) que certifica esa victoria de la que ella es producto y consecuencia. Fuera o no necesario para la “instrucción” del emperador —no parece imprescindible saber de cuántas pro-

²⁶ La de *dicio* (5,2; 7,5; 9,4; 10,2; 14,5); o la del poder de Roma, bajo el que caen los vencidos.

²⁷ Antioco es *potentissimus rex* y su guerra “formidable” (12,1); semejantes, 10,2; 24,2; ...

²⁸ 9,3; 20,2-3; 21,2; ...

²⁹ Así J.V. EADIE (*The Breviarium of Festus*, London, 1967, p. 73), “tomadas de Floro o de una crónica perdida”: el “para no dejar la muerte de un general sin castigo” (18,1) de Craso y Pácoro, o la del testamento de Atalo (10,2/I 35[II 20],2-3).

³⁰ Cf. M. GALDI, *L'Epitome nella letteratura latina*, Nápoles 1922, p. 237.

³¹ I 33[III 17],8; Cf., además, el *Sed difficilium est provincias obtinere quam facere* (II 30[IV 12],29).

vincias se compone la Galia o África si él va a enfrentarse con Sapor en Nísibis,...—, si Festo ha elegido ese tipo de exposición y esa doble estructura, lo que está transmitiendo, a más de una información, es una idea, un programa político. La diferencia entre él y el de su antecesor —como la de éste y Veleyo—, se debe sólo al tiempo transcurrido, del que el relato es espejo. Ahora ya no cabe la esperanza de ese “reverdecimiento” que enfatizaba Floro. Los “yertos miembros” de aquel, otrora invencible, *Populus Romanus* parecen percibir lo vano de su esfuerzo, y aquél decantado panegírico se diluye en el agotador esfuerzo de mantener una ilusión que, como el “oráculo de Ctesifonte” de Caro y los vanos esfuerzos de Juliano y el propio Valente descubren, es vana.